

# **Aportes de la psicomotricidad social para la construcción colectiva de la memoria: caracterización de una experiencia de trabajo con niños y niñas<sup>1</sup>**

*Contributions of Social Psychomotority to the Collective Construction of Memory: A Characterization of a Work Experience with Children*

Luciana Ramos<sup>2</sup>

ORCID: 0009-0004-5625-8569

Lucía de Pena<sup>3</sup>

ORCID: 0000-0002-9408-6460

DOI: 10.47428/23.1.5

Recibido: 30.5.2025. Aceptado: 31.7.2025

## **Resumen**

En este trabajo proponemos profundizar en algunas articulaciones teóricas y metodológicas entre la psicomotricidad social y la memoria social a partir de la caracterización de una experiencia de trabajo con niños y niñas. «Jugando la memoria» es el nombre que asume un espacio de trabajo colectivo junto a niños, niñas y familias de una cooperativa de viviendas al norte de Montevideo en el marco de una práctica docente universitaria-extensionista. Esta práctica se sustenta en un posicionamiento ético y político que reconoce la integralidad de saberes y la participación

<sup>1</sup> Agradecimientos: Cecilia Silva, Pedro Da Costa, Elbio Ferrario y Gustavo Baldeerrábano.

<sup>2</sup> Lic. en Psicomotricidad. Asistente del área Psicomotricidad I de la Unidad Académica de Psicomotricidad, Facultad de Medicina, Universidad de la República. Correo electrónico: lucianaramos@fmed.edu.uy

<sup>3</sup> Dra. en Ciencias de la Salud. Profesora Agregada del área de Psicomotricidad I de la Unidad Académica de Psicomotricidad, Facultad de Medicina, Universidad de la República. Correo electrónico: luciadepena@fmed.edu.uy

social como dimensiones centrales del trabajo sociocomunitario. Particularmente, indagamos en los aspectos de la memoria en términos sociales que tienen lugar en los procesos de construcción del cuerpo, entendiendo a este como objeto de estudio de la psicomotricidad. El juego y la narrativa se constituyen en los mediadores que permiten articular la experiencia infantil de construcción de la memoria singular y social; se crea así un escenario colectivo donde las memorias no sólo recorren el pasado, sino que también escriben algo del presente.

### **Palabras clave**

Psicomotricidad social, memoria social, infancias, juego, narrativas.

### **Abstract**

In this paper, we aim to explore theoretical and methodological connections between Social Psychomotricity and social memory through the characterization of a work experience with children. «Playing Memory» is the name of a collective space developed with children and families from a housing cooperative in northern Montevideo, within the framework of a university-based community extension practice. This practice is grounded in an ethical and political stance that acknowledges the integration of knowledge and social participation as core dimensions of socio-community work. Specifically, we examine aspects of memory as a social phenomenon that emerge in the processes of bodily construction, understanding the body as the central object of study in Psychomotricity. Play and storytelling serve as mediating tools that facilitate the articulation of children's experiences in building both individual and collective memory. In this shared space, memory does not merely revisit the past—it also contributes to shaping the present.

### **Keywords**

Social Psychomotricity, social memory, childhood, play, narratives.

Pero ¿y la memoria en qué se sustentaba? Queremos ir a su rescate, asegurarnos su corazón real, suponerle una fuerza irradiante capaz, desde el olvido en que lo habíamos postergado, de crear la ilusión de que ha sido su capullo y su vehículo hasta que se desvaneció. Nos resistimos a admitir que está hecha de la misma materia engañosa que el resto; que pese a lo vivido de su aparente carnalidad va a desintegrarse en un instante. Porque, ya se sabe, nada es más difícil de retener que un sueño, venga de donde venga, salvo esa evocación fantasma, dotada de inexplicable poder generador.

Vitale (2024)

## Introducción

A partir del campo de trabajo de la psicomotricidad social asumimos, en términos de posicionamiento ético-político y supuestos teórico-metodológicos, dos dimensiones sustanciales: 1) reconocer las memorias como procesos subjetivos que se tejen en un entramado sociopolítico y se anclan en experiencias, en marcas simbólicas y materiales; 2) identificar la potencialidad de las prácticas sociocomunitarias como experiencias que construyen y sostienen lazos sociales, acompañando procesos de reconocimiento, integración y construcción colectiva, también de las memorias.

En esta línea, nos proponemos compartir una experiencia de trabajo en el marco de las prácticas pre-profesionales del curso de Psicomotricidad 1 de la Unidad Académica de Psicomotricidad (Facultad de Medicina, Universidad de la República) en articulación interdisciplinaria con el Espacio de Formación Integral Derechos Humanos, problemas persistentes y campo profesional de la Licenciatura de Trabajo Social (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República), a partir de la coordinación interinstitucional con el Museo de la Memoria (MUME) de la Intendencia Municipal de Montevideo.

En 2022 inauguramos una experiencia en una cooperativa de viviendas por ayuda mutua en el barrio Peñarol de Montevideo que se materializa en un dispositivo de trabajo en talleres para niños y niñas con el objetivo de acompañar la construcción colectiva de las memorias a partir de juegos y narrativas, desde una perspectiva intergeneracional. Esta experiencia práctica en concreto en el campo de la memoria social se genera a partir del acumulado en una línea de trabajo de larga data junto al Departamento de Trabajo Social en la perspectiva de la salud mental colectiva, lo que propició la ampliación de los referenciales para comprender los procesos de producción del bienestar subjetivo a partir de procesos colectivos de

construcción de lo común, con énfasis en las memorias como constitutivas de la identidad colectiva.

### **1. «Jugando la memoria»: el juego como articulador de la experiencia infantil**

El dispositivo de taller «Jugando la memoria» se desarrolla en el Complejo Habitacional General Artigas-Mesa 2, una cooperativa de viviendas por ayuda mutua del barrio Peñarol, ubicada a escasos metros del centro clandestino de detención y tortura «300 Carlos» o «Infierno Grande», en el actual Servicio de Material y Armamento del Ejército, en el predio contiguo al Batallón de Infantería n.º 13. La cooperativa ocupó un lugar clave de la resistencia popular (Llopert, 2023) y tiene un recorrido de trabajo junto al MUME a propósito de la identificación de Mesa 2 como «Marca de la memoria de la resistencia» de la última dictadura civil-militar, marca que posibilitó el reconocimiento de la cooperativa como espacio de resistencia y solidaridad.

Como señala García Correa (2022), en el marco del terrorismo de Estado la represión ilegal dibuja mapas geográficos de violencia no visible que configuran el paisaje urbano. La cercanía geográfica de Mesa 2 con el cuartel delineó violencias materiales y simbólicas que retornan en las narrativas actuales de algunas vecinas y vecinos.

Señala Llopert (2023), socio fundador de Mesa 2:

En una torre del cuartel de la Sección de Comunicaciones, ubicado a una cuadra del Complejo, en la calle Casavalle, donde era habitual que para las fiestas de fin de año pusieran en lo más alto un árbol de navidad iluminado, en esas ocasiones pusieran en lugar del árbol una bota. (p. 65).

En su libro sobre la cooperativa, titulado *Una historia de solidaridad*, Llopert nos acerca el apartado «Resistencia a la dictadura» donde menciona:

A un año de comenzada la obra nos despertamos los uruguayos con un Golpe de Estado (...). Esta situación (...) había generado la resolución de la CNT, de (...) responder con una huelga general con ocupación de los lugares de trabajo, en nuestra obra tanto cooperativistas como contratados cumplimos con dicha resolución. Al segundo o tercer día de estar ocupando nuestro predio fue rodeado por fuerzas militares, exigiendo que depusieramos la medida, y nuestra respuesta fue una negativa rotunda (...). Los militares dispusieron llevarse detenidos a una serie de compañeros. (2023, pp. 63-64).

A esto, agrega el control permanente, las persecuciones, las ratoneras y las constantes provocaciones por parte de los militares a las y los cooperativistas, a la vez que señala enfáticamente la respuesta organizada y solidaria de vecinos y vecinas. Bajo ese título, «Resistencia en dictadura», Llopert resalta que «en estos 50 años de existencia la solidaridad estuvo siempre presente, jugando un papel fundamental» (2023, p. 65).

Estos relatos como «memorias subterráneas» o «subalternas» (Marín Suárez *et al.*, 2022) se enuncian hoy y configuran las narrativas que hacen a la historia e identidad de la cooperativa. Es la enunciación y reconocimiento de esta historia la que enlaza en un primer momento a Mesa 2 con el MUME, y la que posibilita comenzar a delinear un trabajo junto a la Licenciatura en Psicomotricidad y la Licenciatura en Trabajo Social.

Además de las historias de resistencias, los valores cooperativos y de solidaridad, integrantes de Mesa 2 comparten particularmente su interés por generar un espacio para las infancias de modo que se define trabajar con niños y niñas distintas dimensiones de la memoria que hacen a la identidad colectiva. La apuesta entonces es aportar a la reconstrucción de las historias de resistencia y solidaridad, atravesadas por los valores cooperativos de ayuda mutua que se reactualizan en gestos cotidianos, así como abrir el espacio para escuchar qué tienen para decir hoy las infancias del barrio sobre sus historias y su presente.

Esto se sustenta sobre el reconocimiento del «carácter reconstructivo o presentista» de la memoria (Baer, 2010, p.132). Es decir, trabajar sobre las memorias sociales no implica pensarlas restrictivamente vinculadas al terrorismo de Estado, sino reconocer los restos y fragmentos —en un sentido benjaminiano— que configuran las memorias de las personas con las que trabajamos, en este caso niños y niñas de un lugar concreto.

La propuesta se delimita y asume la forma de talleres semanales titulados «Jugando la Memoria» que se realizan de forma ininterrumpida desde 2022, en el Complejo Deportivo de Mesa 2, y se orientan a niños y niñas de 6 a 12 años, en diálogo sostenido con sus familias. Los objetivos formulados para esta propuesta son: 1) promover la (re)construcción colectiva de las memorias desde una perspectiva intergeneracional; 2) aportar y promover al (re)conocimiento de los niños y las niñas del derecho a la memoria; 3) favorecer la identificación y apropiación del Complejo de Viviendas Mesa 2 como espacio público abierto al barrio, al mismo tiempo que extender sus principios de solidaridad y cooperación a la cotidianidad de niños y niñas; y 4) promover espacios de escucha e intercambio entre pares en el marco de prácticas de producción de bienestar subjetivo.

En los talleres privilegiamos una metodología participativa de trabajo, donde a partir del juego, la narrativa y las creaciones grafoplásticas

se propone abordar los objetivos trazados comprendiendo a las infancias como sujetos activos de enunciación.

## **2. La polisemia de la memoria: ¿qué memoria para la psicomotricidad social?**

Definir la memoria, en tanto noción polisémica, supone detenerse a identificar los referenciales teóricos que permiten, a partir de esa definición, operar con ella. La noción de memoria que ha dominado el campo de la psicomotricidad ha estado en consonancia con sus orígenes como disciplina, por un lado, vinculada al campo de la medicina, principalmente con la neurofisiología, y al campo de la psicología, tomando postulados de psicología genética y del psicoanálisis.

Los referenciales teóricos delimitan como objeto de estudio de la psicomotricidad al cuerpo y el movimiento, poniendo énfasis en la dimensión subjetiva. En este sentido, la psicomotricidad se pregunta por las producciones del cuerpo del sujeto en tanto «lugar de una particular integración estructural (neurofisiológica-psíquica) llevada a cabo a lo largo de un recorrido histórico que configura en una unidad relacional aquello que, siendo del orden de la especie humana, se significa estructurando al sujeto» (González, 2022, p. 17).

Junto a estos referenciales teóricos, el significante «memoria» históricamente se ha conjugado con la psicomotricidad en dos sentidos. Por un lado, con los soportes de la Neurología, se ha interesado por el sustrato material del sistema nervioso en tanto posibilita «codificar, almacenar, consolidar y recuperar a posteriori los aprendizajes» (Leira, 2011, p. 129). Por otro lado, con los aportes del psicoanálisis freudiano la memoria ha estado asociada a huellas mnémicas que, como marcas psíquicas, son constitutivas del sujeto producto de su historia y trama familiar (Freud, 1986).

El paradigma biológico ha propuesto nociones insoslayables para comprender el funcionamiento mnésico, sin embargo, limitar a este registro la lectura sobre los procesos de construcción de la memoria cercena la posibilidad de dimensionarla como práctica social de resignificación del pasado.

La psicomotricidad como producto cultural, que configura una práctica social con sus instancias de saber-poder, se redefine siendo tocada por nuevas perspectivas teóricas y metodológicas, acontecimientos políticos y perspectivas éticas. En este sentido, cierto acumulado de experiencias y discusiones, nuevas demandas sociales y el diálogo con otros marcos referenciales hacen posible nombrar a la psicomotricidad social (de Pena, 2023). El entrecruzamiento con conceptos y perspectivas de las ciencias humanas y sociales son condición de posibilidad para repensar al objeto de

estudio de la disciplina. Como propone de Pena (2023) la «Psicomotricidad Social se comienza a perfilar e interroga sobre los modos en los que el cuerpo se construye como producto de la historia vital en una trama familiar, en un contexto socio-histórico que lo atraviesa y que produce derroteros singulares» (p.11).

En este sentido su campo de acción se proyecta como práctica orientada a la construcción y sostén de lazos sociales, que posibiliten un hacer significante para un sujeto en sociedad. Estos procesos se construyen sobre tramas comunes, que permiten que uno o una se identifique con otro u otra, que se reconozca en las semejanzas y diferencias, y pongan a andar sus deseos y necesidades de forma colectiva. Desde la perspectiva de la psicomotricidad social diremos que «lo común se produce» (Linsalata, 2018, p. 368), por lo que las memorias que se articulan en lo común son causa y efecto del encuentro y de una resignificación que es singular al mismo tiempo que colectiva.

### **3. Memorias plurales: algunos aportes de las ciencias sociales y humanas**

La polisemia del término memoria trasciende su carácter plural, polémico y político. Jelin (2022) señala la dificultad en dar una definición sobre qué es la memoria en términos singulares, por lo que propone hablar de memorias en plural, contemplando las disputas sociales, de legitimidad y pretensión de verdad que se ponen en juego al pensar las memorias. Señala así tres premisas centrales que encauzan modos de pensar las memorias como: 1) procesos subjetivos, producidos a partir de experiencias y marcas simbólicas y materiales; 2) objeto de disputas, conflictos y luchas que se producen en el marco de relaciones de poder; y 3) como parte de procesos históricos, donde adoptan lugares asignados según perspectivas culturales, sociales, políticas e ideológicas (Jelin, 2022).

Por su parte, Baer enfatiza el carácter reconstructivo y presentista de la memoria y señala que con Halbwachs, a comienzos del siglo XX, se inaugura la idea de que «no hay memoria que no sea social» (Baer, 2010, p. 132). Los aportes de Halbwachs (2004a), vinculados a los conceptos de memoria colectiva y memoria social, son claves para pensar un modelo donde la memoria no es estrictamente un archivo inalterable del pasado, sino una construcción activa del pasado condicionado por el presente.

Desde esta perspectiva, hay dos lógicas que soportan el modo de comprender la memoria que comienzan a ser revisadas; una suerte de dicotomía en relación con la memoria y su anclaje singular o colectivo, vinculado al pasado o presente, comienza a leerse desde un enfoque que trasciende este registro y pone el foco en un «entre». La memoria individual, como una

suerte de «propiedad privada» de alguien, queda fuertemente cuestionada desde los aportes de Halbwachs, quien sin desconocer la dimensión intrapsíquica que opera en la configuración de la memoria, deja de relieve la instancia colectiva, o sea, la memoria que se produce «entre» las personas (Baer, 2010).

El reconocer esta dimensión conduce ineludiblemente a revisar el eje temporal que opera en la construcción de la memoria. ¿En qué medida la memoria habla de un pasado, un presente o un futuro? Al pensar la memoria en términos de construcción y producción en un «entre» tocado por la actualización de relaciones de saber y poder, entrecruzamiento de discursos y encuentros de personas, el presente se vuelve fundamental como campo que posibilita la enunciación. Es desde las condiciones de posibilidad del presente, de las experiencias que se reactualizan y de los significantes que se articulan en la actualidad que es posible identificar y nombrar algo del pasado.

Las memorias se construyen en un escenario de relaciones, donde circula el afecto, las representaciones, las materialidades concretas, y las pujas de saber y poder que operan sobre los recuerdos y los olvidos. Pensar la memoria en relación dialéctica con el olvido posibilita indagar en los modos particulares que se dan a sí mismo los grupos sociales para construir los marcos de sentido que moldean sus identidades. Olvidos deliberados, olvidos involuntarios, olvidos que operan como condena asoman como distintos recursos que desde la esfera individual o colectiva definen de modo más o menos crítico lo que es recordar (Bauzá, 2015).

Por su parte, Jelin (2017) advierte que la memoria no es el pasado, sino la manera en que los sujetos construyen un sentido del pasado, un pasado que se actualiza en su enlace con el presente y también con un futuro deseado en el acto de rememorar, olvidar y silenciar. En este sentido, hablar de memorias lleva consigo la apuesta de desear un futuro. Como señala Ferrández (2011) con la obra de Benjamin la dialéctica relación entre el pasado y el presente adopta un modo particular en la Modernidad; desde su perspectiva, el conocimiento histórico que se necesita para la configuración de un pensamiento crítico no emerge de los grandes hitos de la historia, sino de las ruinas y desechos, los fragmentos olvidados o semiolvidados en la cultura. En este sentido, el modo en que cada colectivo tome los restos y desechos que pueden irrumpir en su actualidad implica no sólo escribir algo de su historia, sino también configurar un pensamiento y, podríamos decir, una ética hacia el futuro.

En el gesto de «selección, descripción e interpretación» (Baer, 2010, p. 132) el pasado encuentra sus principios al mismo tiempo que configura la trama del presente. «Qué recordar y cómo hacerlo está inexorablemente ligado a las posibilidades de registro del conocimiento, a su recuperación

o actualización» (p. 133). Este gesto que no puede ser por fuera de lo colectivo refuerza el carácter social de la producción y reproducción de los recuerdos y olvidos delineándose rasgos que hacen a la identidad colectiva (Lahoz, 2022). Para poder pensar la trama de la memoria social, Baer (2010) ubica tres conceptos claves mostrando cómo dialogan entre sí. El sociólogo propone revisar los conceptos «memoria colectiva» de Halbwachs, «memoria comunicativa» y «memoria cultural» de Aleida y Jan Assmann, analizándolos como memorias que operan en tres niveles, de límites borrosos y dinámicos.

Por un lado, podríamos delimitar lo que Aleida y Jan Assmann dan en llamar memoria comunicativa, como un registro del pasado de corta duración que asocia aproximadamente a tres generaciones. Se estructura en el encuentro cotidiano y según parámetros afectivos de un sujeto con sus coetáneos, y depende de que haya portadores vivos de esas memorias (Baer, 2010). Por otro lado, la memoria cultural está asociada a «la comunicación organizada y ceremonializada sobre el pasado» (Baer, 2010, p. 133). Implica que un grupo comparta un conocimiento sobre su pasado, posibilitando un registro como unidad que porta una imagen de sí mismo, para Baer (2010) el pasaje de una memoria comunicativa a una memoria cultural se produce mediante soportes concretos que posibilitan la configuración de un pasado común. Rituales, textos canónicos, museos, archivos, etc., ofician de estructura que sostiene el armado de la memoria cultural de un colectivo.

Finalmente, la memoria colectiva es reconocida por Aleida Assmann como una memoria intermedia entre la comunicativa y la cultural. La colectiva implica un grado mayor de estabilidad y perdurabilidad que la comunicativa, y tiende a configurar narrativas puntuales en mitos o historias de un colectivo. Baer (2010) propone pensar la memoria comunicativa, memoria colectiva y memoria cultural, como niveles de la memoria social (p. 135).

#### **4. Los marcos sociales de la memoria y su articulación con la construcción del cuerpo**

Habiendo ya señalado algunos aspectos sustanciales que nos acompañan a identificar la memoria en tanto producción social, nos proponemos aquí pensar qué lugar toma la memoria social en los procesos de construcción del cuerpo, tal como este es pensado desde la psicomotricidad. Para ello volvemos a los aportes de Halbwachs, los cuales nos resultan fundamentales.

Anteriormente señalamos la construcción del cuerpo de un sujeto como un proceso vinculado a su historia familiar y experiencias singulares

en el marco de una trama social y cultural particular. Se distingue así cierto diálogo entre lo que podríamos delimitar como dos dimensiones. Una dimensión más singular e íntima relacionada con las representaciones y significaciones que ciertas experiencias pudieron marcar la construcción corporal. Y una dimensión social o colectiva configurada, por lo que —junto a las propuestas de la psicología social— se reconoce como condiciones concretas de existencia (de Quiroga, 2008), y las prácticas sociales que enmarcan formas de hacer con el cuerpo.

Asumiendo que estas instancias se relacionan y generan condiciones de determinación recíproca, es necesario también reconocer sus distancias para identificar su diálogo. Nos referimos con esto a que no hay un pasaje absoluto, o una suerte de transparencia plena que haga que todo lo que acontece en el campo social y público se reproduzca de forma intacta en el marco familiar y en las experiencias íntimas de un sujeto. Sin embargo, esto no es una relación de oposición entre lo íntimo y lo público, lo subjetivo y lo social.

Estas dicotomías —ampliamente discutidas— han influido también en cómo comprender los procesos de rememoración. Halbwachs (2004a) va a cuestionar la aparente oposición entre memoria autobiográfica y memoria colectiva, señalando la necesidad de pensarlas en términos dialógicos. La memoria colectiva envuelve las memorias individuales, y las memorias individuales se producen a partir de su entorno. Aun así, señala que los recuerdos están organizados de formas diferentes: «la memoria individual puede respaldarse en la memoria colectiva, situarse en ella y confundirse momentáneamente con ella para confirmar determinados recuerdos, precisarlos, e incluso para completar algunas lagunas» (Halbwachs, 2004a, p. 54). La memoria que entendemos personal o autobiográfica se conforma también a partir de la memoria de otros y otras, echa mano a las memorias sociales sobre ciertos acontecimientos para elaborar una memoria que llegamos a nombrar como propia. Por lo tanto, la memoria individual o memoria autobiográfica se produce en los marcos de la memoria colectiva.

Ya en su obra «Los marcos sociales de la memoria», Halbwachs, bajo la influencia de Bergson, trabaja esta aparente oposición al momento de pensar los recuerdos y su vínculo con la percepción, lo que lo lleva a afirmar que «no existe recuerdo sin percepción» (Halbwachs, 2004b, p. 320). Asumiendo como discusión de la época un exterior y un interior definido en relación al cuerpo de un individuo, a su espíritu; los recuerdos podrían ubicarse en un interior mientras que el grupo social en un exterior. Este esquema de pensamiento es revisado críticamente por Halbwachs (2004b) al plantear que la percepción está mediada por las convenciones sociales, por tanto, no puede considerarse completamente externa. Cuando percibimos un objeto, a la vez, lo nombramos y lo categorizamos conforme a las

convenciones que dominan nuestros pensamientos. La percepción es condición para la evocación de palabras y nociones que posibilitan la comunicación humana, en tal caso, no existe una observación puramente externa, lo es a partir de la representación compartida fundada en experiencias compartidas.

Ahora, ¿cómo es que se produce esta memoria colectiva en la cual se enmarca la memoria autobiográfica? Halbwachs plantea que, si es posible pensar en una memoria colectiva, es porque existen ciertos marcos sociales que ofician de soporte para esa construcción. Propone entonces el concepto de marcos sociales de la memoria, definiendo a estos como cadenas de ideas y juicios, conjunto de convenciones que hacen posible evocar recuerdos y reconstruir el pasado desde la actualidad (2004b).

Halbwachs (2004b) identifica tres grupos que condicionan los marcos sociales de la memoria, por lo que los estudia especialmente, estos son: la familia, los grupos religiosos y la clase social. Pero va aún más allá de estos grupos, para señalar algo que resulta sustancial: el reconocimiento de tres marcos sociales generales que son utilizados por todos los grupos sociales: el lenguaje, el espacio y el tiempo. En relación al lenguaje plantea que nuestros recuerdos pueden ser evocados sólo bajo la función del lenguaje y de todo el sistema de convenciones sociales que lo acompaña. Es a partir de las palabras en tanto símbolos que nos enlazan con los otros y otras, que podemos reconstruir en cada momento nuestro pasado.

Se hace necesario renunciar a la idea de que el pasado se conserva intacto en las memorias individuales, como si no hubiese transitado por tantas experiencias diferentes como individuos existen. Los hombres que viven en sociedad utilizan palabras de las que solamente ellos comprenden el sentido: allí reside la condición de todo pensamiento colectivo. Si bien cada palabra (comprendida) está acompañada de recuerdos, si bien no pueden existir recuerdos que no se relacionen con palabras. (Halbwachs, 2004b, p. 323).

Resulta interesante el énfasis en un lenguaje que no nos es propio. Las palabras que hablamos pueden tener sentido sólo en relación con otras palabras y articuladas a una dimensión social que enlaza a un sujeto con otras y otros. De este modo los recuerdos se tejen a partir de estas palabras y el mundo simbólico que en ellas se imprime.

Con respecto al espacio, Halbwachs recupera la noción de «imagen espacial» (2004a, p. 133) para analizar cómo esto opera en la recaptación del pasado. Propondrá que el modo en cómo se estructura cultural y socialmente el espacio, las materialidades que forman parte del entorno y el uso que hacemos de los objetos condicionan las formas de rememorar. Los colectivos organizan su materialidad, configurando espacios que condicionan

los modos de recordar o de olvidar. Halbwachs (2004a) parte de identificar que cada lugar recibe las huellas de los grupos de personas que la habitan, así como cada grupo o colectividad se ve tocado por aspecto de la espacialidad por la que transita. Toda acción colectiva se puede interpretar en términos espaciales, el lugar que habitamos no es solamente físico, cada espacio remite a dimensiones singulares de la estructura social y de la vida social del grupo.

Vemos entonces que la memoria social para su producción tiende a la espacialización, por lo que requiere de cierta materialidad y de lugares concretos que puedan funcionar como puntos de referencia para el recuerdo (Baer, 2010). Si bien no entraremos en esta discusión, cabe señalar un aspecto polémico asociado a la memoria y el espacio. Como producto de lo que Baer (2010) llama «cultura de la memoria abrumada» se establece una tensión contemporánea entre el espacio social enlazado al pasado vivido por un colectivo, y la configuración de espacios asociados a una memoria tomada por la historia y el archivo. Dan cuenta de esta reflexión conceptos como «lugar de memoria», el cual fue acuñado en los ochenta por Nora para señalar cómo las memorias de un grupo se cristalizan en relación a lugares específicos y las complejidades que ello traduce:

Los lugares de memoria nacen y viven del sentimiento de que no hay memoria espontánea, de que hay que crear archivos, mantener aniversarios, organizar celebraciones, pronunciar elogios fúnebres, labrar actas, porque esas operaciones no son naturales. Por eso la defensa por parte de las minorías de una memoria refugiada en focos privilegiados y celosamente custodiados ilumina con mayor fuerza aún la verdad de todos los lugares de memoria. Sin vigilancia conmemorativa, la historia los aniquilaría rápidamente. Son bastiones sobre los cuales afianzarse. Pero si lo que defienden no estuviera amenazado, ya no habría necesidad de construirlos. (Nora, 2008, p. 25).

Asimismo, ciertas políticas o movimientos sociales que buscan señalizar lugares de memoria posibilitan la configuración de espacios sociales, como motores que relanzan la pregunta por la memoria y mantienen las construcciones en torno a esta. Baer (2010) acerca como un ejemplo, cómo las exhumaciones de fusilados y fusiladas durante el franquismo y la guerra civil española nos muestran el vínculo entre el lugar de memoria como espacio físico y espacio social, cómo se ha «tejido un denso espacio social que desencadena en múltiples y diferentes lugares de memoria. Familiares de víctimas, testigos, arqueólogos, antropólogos, voluntarios locales y asociaciones que conforman “comunidad de la memoria histórica” inscriben de significado el espacio físico del crimen» (Baer, 2010, p. 138).

Por nuestra parte, en Uruguay, la sanción de la Ley 19.641 de «Declaración y creación de sitios de memoria histórica del pasado reciente» en la que se consagra en su artículo 3:

el recordatorio y reconocimiento de aquellos lugares donde las personas víctimas de terrorismo o accionar ilegítimo del Estado sufrieron violaciones a sus derechos humanos por motivos políticos, ideológicos o gremiales y que son utilizados como espacios abiertos al público para la recuperación, construcción y transmisión de memorias, así como forma de homenaje y de reparación a las víctimas y a las comunidades. (Uruguay, 2018).

En esta línea, Arana (2001) refiere a los profundos vínculos entre ciudad y memoria a partir de la definición de la ciudad como «registro material, minucioso y preciso de su desarrollo histórico» (p. 131). Lejos de asumir una linealidad entre los hechos históricos y su traducción en la materialidad de la ciudad, la ciudad es construida en capas continuas y discontinuas, que no acepta ser reducida a procesos homogeneizantes, simplificadores y negadores de lo diverso (Arana, 2001).

Continuando con los marcos sociales de la memoria, cuando se hace referencia a los marcos temporales, los cuales no pueden ser pensados por fuera del espacio y el lenguaje, se alude a aquello que divide e identifica inicios y finales de ciertos acontecimientos, su duración y las fechas clave, como nacimientos, aniversarios y cambios de estación (Halbwachs, 2004a). Desde esta perspectiva, el tiempo se revela como múltiple, por fuera de lo universal y único; hay aceleraciones, saltos, pausas y profundidades al momento de pensar el pasado. Movimientos que de algún modo agujerean los relatos únicos sobre la historia, para situar otros momentos o acontecimientos significativos para el colectivo o algunas personas de un colectivo, posibilitando la emergencia de nuevas narrativas.

El lenguaje, el espacio y el tiempo son los marcos sociales que envuelven y hacen posible la construcción de una memoria autobiográfica: que un sujeto se construya y reconozca a partir de ciertos acontecimientos significantes de su historia, no es por fuera del lenguaje, de una noción de tiempo y espacio compartidos y concretos; por lo tanto, no es por fuera de ciertas configuraciones sociales y culturales que Halbwachs reconoce como marcos sociales de la memoria. A partir de este recorrido sostendremos que los modos en que los marcos sociales de la memoria operan —o sea, cómo se produce la memoria comunicativa, colectiva y cultural en relación a la forma en que los colectivos se vinculan con el lenguaje, el espacio y el tiempo— condicionan las formas en la que se construye el cuerpo de un sujeto tal como se piensa desde la Psicomotricidad.

El cuerpo para la Psicomotricidad, como construcción que se produce en y para la relación (González, 2022) es tocado por los marcos sociales de la memoria. Que un sujeto se haga de un cuerpo con el cual hacer (jugar, crear, aprender, gozar y trabajar) en sociedad, es parte del devenir que se produce en un recorrido que reconocemos como desarrollo psicomotor. El desarrollo constituye un proceso complejo, multideterminado, de organización progresiva de las funciones biológicas y psicosociales que posibilita integrar conductas cada vez más complejas para la consecución de la autonomía relativa en un ambiente humano (Chokler, 2017).

Adhiriendo a la propuesta de Chokler, se reconoce que el desarrollo psicomotor, condicionado por la articulación de la dimensión neuropsicológica y sociocultural, se produce a partir de ciertos factores estructurantes que operan en el encuentro dialéctico del niño y niña con su medio. A estos factores, Chokler (2017) los denomina como organizadores del desarrollo, y señala que son: vínculo de apego, comunicación, exploración, seguridad postural y orden simbólico. Nos detendremos brevemente en el último, el orden simbólico, para observar cómo esta dimensión atraviesa todos los procesos del desarrollo y determina el modo en que se configura el cuerpo.

Con respecto al orden simbólico, Chokler (2017) se refiere a las representaciones mentales, producto de un proceso de determinación sociohistórico que componen el conjunto de valores éticos, creencias, mitos y conocimientos científicos y saberes culturales compartidos por una comunidad y que ordenan y orientan las interacciones sociales. Es así que los discursos, las actitudes, las acciones y los rituales que ordenan la vida, en tanto mediaciones simbólicas, operan como fuerzas instituyentes moldeando el psiquismo individual.

El orden simbólico que marca el cuerpo de un sujeto vehiculizando su desarrollo bajo ciertas huellas que lo sujetan a una sociedad, opera en los marcos de las memorias sociales. El espacio, el tiempo y el lenguaje, como marcos sociales de la memoria, inauguran desde el vamo un sentido sobre lo que puede significar un nacimiento, un aniversario, una muerte, tocando al cuerpo que se produce por efecto de esto. Asimismo, toda práctica de cuidado (que condiciona incluso los organizadores del desarrollo como el apego, la comunicación, la exploración y la seguridad postural) se concibe como relación dada por una trama simbólica que define quién cuida, cómo cuida, y qué se hace con el cuerpo, siendo este producto de narrativas y gestos que de generación en generación configuran la identidad de un grupo o colectividad.

La memoria comunicativa —según Assmann— y colectiva —según Halbwachs— tienen un lugar central en el despliegue del orden simbólico. Los mitos, creencias y costumbres que circulan de generación en generación bajo el vaivén del afecto y la identidad, así como aquellos saberes

ya constituidos de forma establecida, delimitan el hacer «con» el cuerpo y «sobre» el cuerpo de un otro u otra. Particularmente si lo pensamos en el desarrollo de niños y niñas, se distingue que los rituales que acompañan la cotidianidad: las formas de comer, de reír, de jugar; el modo en que se habita el espacio público, los símbolos que posibilitan la identificación de un sujeto a una cultura y una sociedad —matrizados por la familia, el barrio o la escuela—, están determinados por prácticas producidas desde los marcos sociales de la memoria.

Podemos advertir cómo la memoria social permea, por ejemplo, las prácticas de crianza, según Cerutti «las prácticas de crianza integran lo que se denomina funciones de crianza, su propósito es asegurar al niño la protección y los cuidados necesarios para su sobrevivencia, crecimiento y desarrollo» (2015, p.7). Por su parte, Mauss suscribe las prácticas de crianza como parte de las técnicas corporales; refiere con técnicas corporales a «la forma en que los hombres, sociedad por sociedad, hacen uso de su cuerpo en una forma tradicional» (1979, p. 137). Bajo la clasificación de técnicas de la infancia, crianza y alimentación analiza los modos en que tradicionalmente se hace uso del cuerpo al cuidar a los niños y las niñas, así como las conquistas que de las y los infantes en sus autonomías.

Sabemos las implicancias que tienen en la construcción del cuerpo el modo en que se producen experiencias tan vitales como la alimentación, el sueño, el tiempo lúdico. En cada una de estas prácticas se relanza un modo particular de hacer, el cual se configura en el vínculo singular entre quien cuida y el niño o niña que es cuidado, sin embargo, este modo está señalado por toda una trama material y simbólica que, aunque hacen suya, no les es propia. Las técnicas que acompañan el momento de alimentar o el destete, los espacios que se privilegian para dormir y para jugar, los materiales que se usan, las palabras que se dicen y las canciones que se tararean, son parte de las memorias sociales que se materializan en estos gestos y trazan las experiencias corporales.

### Consideraciones finales

Para dar un cierre a este trabajo volvemos al comienzo, a la experiencia de los talleres «Jugando la memoria», para revisar, a la luz de lo expuesto, algo de lo que allí acontece. La propuesta de trabajo con niños y niñas sabía desde un comienzo de la importancia de lo impredecible y lo espontáneo, de configurar escenarios lo suficientemente laxos para habilitar la irrupción de narrativas vinculadas a sus historias.

Partiendo de trazos disparadores como preguntas, imágenes, objetos particulares, y lecturas, se busca acercar y tomar contacto con las memorias de cada uno y una vinculada a sus familias, las memorias del barrio,

de la cooperativa y de acontecimientos significativos para el colectivo. En esta búsqueda, el juego y la narrativa constituyen mediadores para la creación y recreación a partir de la evocación de experiencias previas, al mismo tiempo que se articulan nuevas, en un espacio social que contiene y significa lo que en él se produce.

Las memorias se anclan a partir de los procesos de espacialización de las narrativas en el interjuego dominación-resistencia a través de: lugares, conmemoraciones y aniversarios, monumentos, testigos y testimonios que circulan y se fijan —dinámicamente— en soportes orales y escritos (Baer, 2010). Cuando intentamos pensar en qué de la memoria se actualiza y hace posible nombrar el pasado junto a otros y otras, el lugar de la experiencia impresiona ser central.

Benjamin (1996) propone que las experiencias son la materialidad de la memoria: no se trata de acontecimientos del pasado fijados en la memoria, sino de ciertos registros de experiencias, pequeños trazos de recuerdos, aromas, viajes, sensaciones, que pueden aflorar en el presente siendo enunciadas y entonces reconstruidas en tanto pasado. La narrativa, como enlace de la experiencia con el lenguaje, posibilita la enunciación y, por lo tanto, la rememoración. Acontecimiento más parecido a una irrupción que a una búsqueda.

Articular históricamente el pasado no significa conocerlo “como verdaderamente ha sido”. Significa apoderarse de un recuerdo tal como éste relampaguea en un instante de peligro (...). El conocimiento del pasado se asemejaría más bien al acto por el cual se le presenta al hombre, en el momento de un peligro subitáneo, un recuerdo que lo salva. (Benjamin, 1996, p. 51).

El juego resulta un recurso altamente sensible al momento de trabajar en torno a las memorias sociales. Se juega con lo que se tiene —o se hereda— en términos de bagaje cultural y simbólico, no como un marco dado que reproduce insistente mente lo mismo, sino como apertura para producir lo inédito. Benjamin (2015) plantea que tanto los juegos como los juguetes «dan testimonio de un diálogo mudo de signos entre los niños y su pueblo». En el juego se estructura un orden simbólico que compone aspectos sociohistóricos y forma parte de experiencias singulares y colectivas. La construcción de una identidad y los lazos culturales con la comunidad toman forma en la puesta en acto del juego: cómo se juega, con qué, dónde y con quién se juega forma parte de la trama social, de las memorias colectivas que se articulan intergeneracionalmente y se actualizan cada vez, en cada nueva experiencia.

Esta perspectiva teórica y metodológica ha posibilitado construir fundamentalmente un espacio social, donde la palabra circula entre niños, niñas, adultos y adultas. En este gesto se enuncia, se escucha, se interroga, y se toma contacto con las narrativas que hacen de soporte a las memorias sociales.

### Referencias bibliográficas

- Arana, M. (2001). Ciudad y memoria. En M. Ulriksen de Viñar (Comp.), *Memoria social. Fragmentaciones y responsabilidades*. Trilce.
- Baer, A. (2010). La memoria social. Breve guía para perplejos. En J. Zamora y A. Sucasas (Eds.), *Memoria-Política-Justicia*. Trotta.
- Bauzá, H. (2015). *Sortilegios de la memoria y el olvido*. Akal.
- Benjamin, W. (1996). *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*. LOM-Universidad Arcis.
- Benjamin. W. (2015). *Juguetes*. Casimiro Libros.
- Cerutti, A. (2015). *Tejiendo vínculos entre el niño y sus cuidadores desarrollo infantil y prácticas de crianza*. Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia-Unicef Uruguay-Ministerio de Salud Pública-Uruguay Crece Contigo.
- Chokler, M. (2017). *La aventura dialógica de la infancia*. Ediciones Cinco.
- De Pena, L. (2023). La Psicomotricidad como campo de intervención ético-político: de las lecturas sanitarias del proceso salud-enfermedad-cuidado a la Psicomotricidad social. *Revista Uruguaya de Enfermería*; 18(1). <https://doi.org/10.33517/rue2023v18n1a2>
- De Quiroga, A. (2008). Del psicoanálisis a la psicología social. Un pasaje necesario. Área 3. Cuadernos de temas grupales e institucionales, 12. <https://area3.org.es/descargas/a3-12-Del-psicoanalisis-Quiroga.pdf>
- Ferrández, F. (2011). Autopsia social de un subtierra. *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, 45, 525-544.
- Freud, S. (1986). Esquema del Psicoanálisis. En S. Freud, *Obras completas* (t. XXIII, pp. 133-210). Amorrortu.
- García Correa, M. (2022). Construir una memoria posible y transformadora. La Tablada, un sitio de memoria en la periferia montevideana. *Folia histórica del nordeste*, 45, 199-228.
- González, L. (2022). *Pensar lo Psicomotor. La constructividad corporal y otros textos*. Ediciones Corpora.
- Halbwachs, M. (2004a). *La memoria colectiva*. Prensas Universitarias de Zaragoza.

- Halbwachs, M. (2004b). *Los marcos sociales de la memoria*. Anthropos Editorial.
- Jelin, E. (2017). *La lucha por el pasado. Cómo construimos la memoria social*. Siglo XXI.
- Jelin, E. (2022). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI.
- Lahoz, M. (2022). *La trama de la memoria. Una filosofía del olvido*. Tusquets.
- Leira, M. (2011). *Manual de bases biológicas del comportamiento humano*. Universidad de la República.
- Linsalata, L. (2018). Repensar la transformación social desde las escalas espacio-temporales de la producción de lo común. En R. Gutiérrez, *Comunalidad, tramas comunitarias y producción de lo común. Debates contemporáneos desde América Latina*. Colectivo Editorial Pez en el Árbol-Editorial Casa de las Preguntas.
- Llopert, J. A. (2023). *Una historia de solidaridad*. Fucvam.
- Marín Suárez, C., Fuenzalida Bahamondes, N., Biasatti, S., de Austria Millán, A., García Correa, M. y Rosignoli, B. (2022). Introducción. En C. Marín Suárez y M. Risso (Coord.), *Materialidad y Memoria. Estudios sobre siete espacios represivos de Canelones y Montevideo* (pp. 7-32). Editorial Sitios de Memoria.
- Mauss, M. (1979). *Sociología y antropología*. Tecnos.
- Nora, P. (2008). *Los lugares de la memoria*. Trilce.
- Uruguay. (2018). *Ley 19641. Declaración y creación de sitios de memoria histórica del pasado reciente*.
- Vitale, I. (2024). *Léxico de afinidades*. Estuario Editora.